

Leg. 5^o Leg. 5^o Leg. 5^o

669
~~669~~
Historia de la Medicina

Juramento
de Hipócrates.

JURAMENTO DE HIPOCRATES.

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0669

U/Bc LEG 8-1 nº669 HTCA



1>0 0 0 0 2 8 7 1 3 2

JURAMENTO DE HIPÓCRATES

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0669

DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL LICENCIADO

D. JESUS VARELA MONTES Y RECAMAN

EN EL SOLEMNE ACTO

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR EN LA FACULTAD DE
MEDICINA.



MADRID:

IMPRESA Y FUNDICION DE D. EUSEBIO AGUADO.—PONTEJOS, 8.

—
1858.

UVA. BHSC. LEF. 08-1 n°0669



DISCURSO

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE LOS REYES Y REINAS

DE ESPAÑA

1833

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0669

Excmo. é Ilmo. Sr.

DIFÍCIL es dirigir por primera vez la palabra á reunion tan escogida, tan llena de ciencia, y en la que se hallan representados todos los ramos del saber humano. Empresa colosal para mis débiles fuerzas, si no contase con la benignidad é indulgencia que caracteriza á los hombres de saber.

Para presentar un discurso que fuese digno de personas tan respetables como las que honran este solemne acto, dudé qué punto de doctrina elegir. Recorrí asiduamente las importantes materias de que nuestra ciencia se ocupa, y en medio de la inmensidad de notables cuestionès, de problemas no resueltos, de verdades eternas inutilizadas en medio de estériles sistemas,

volví la vista á los primeros tiempos históricos, y me lamenté desde que la hora de la ciencia sonó allá entre las glorias de la antigua Grecia, segun comprendí por mis estudios y por lo que tantas veces tuve el honor de oír de labios tan autorizados como los de mis dignos maestros. Allí, en aquella época, ví elevarse una figura respetable, un símbolo celeste, una personificación gloriosa, un hermoso planeta, que acaso tomando la luz de Oriente, debia llevar su luminosa influencia á todo el Occidente. Vi en la cuna de la civilización médica agruparse, alrededor de un personaje venerando, los restos del saber de la India, del Egipto y la ciencia de Atenas; para hablar á los sábios, y proclamar la importancia, la dignidad de la medicina; y ante una representación tan sublime debí detenerme, porque los siglos no empañaron el resplandor de su nombre, ni pudieron los hombres mancillar su reputación como filósofo, como médico, como filántropo.

Nutrido en la ciencia, en la contemplación de la naturaleza y del hombre, sois aún como el sol, que todo lo anima; como el robusto cedro de la montaña, que desafía los siglos; como la magestuosa palmera, que nos alimenta con sus frutos.

Nosce te ipsum; he aquí el lema del templo del saber. Hipócrates, el nombre eterno, como le llama el célebre literato L'Aimé-Martin, se eleva entre todos

los sabios de la antigüedad por la superioridad de su razón como por la superioridad de su ciencia, y sostiene un renombre inmortal después de más de dos mil años. No es solo Hipócrates (dice el literato citado) el hombre de la ciencia, es también el hombre de la humanidad; y yo añadiré: el modelo del filósofo, la guía del médico, el ejemplo que imitar, pues que supo proclamar en nuestra ciencia la verdadera ley, la ley del honor, del desinterés, de la humanidad, del decoro. No debemos, pues, extrañar, que se le llamara el patriarca, el padre de la medicina, el príncipe de los médicos, oráculo de Cos, el divino anciano, milagro de la naturaleza, estrella polar de la medicina; y que otros, no pudiendo concebir la realidad de su existencia, no pudiendo admitir en nuestra pequeñez la sorprendente reunión de ciencia y cualidades de Hipócrates, concluyesen, como Mr. Boulet, diciendo que este nombre inmortal era una mistificación de los tiempos gloriosos de la Grecia: elogio verdaderamente asombroso, pues que tiende á probar la sabiduría de nuestro oráculo.

Estudió al hombre con una profundidad desconocida hasta él, examinó la humanidad en medio del sufrimiento y tocó sus llagas para cicatrizarlas; dió la mano al médico y le dirigió sus consejos; estrechó en su corazón á sus discípulos, y les indicó sus deberes;

proclamó las verdades de la ciencia, y enalteció su dignidad.

Era, como Tales, filósofo observador; profundo conocedor del hombre, como Platon; virtuoso como Sócrates: es Hipócrates la figura mas colosal de aquellos tiempos de la floreciente Atenas.

En medio de este suntuoso local, en el que la ciencia inspira dignidad, y los hombres eminentes en saber y virtud, veneracion y respeto, nada mas propio ni mas digno de un laureando que recordar, lleno de gratitud, los dias de su instruccion, y reconocer sus deberes para con Dios, la humanidad, y los sabios directores de su educacion. Hipócrates habló á sus discípulos, y los prescribió deberes. Hipócrates creyó que el médico tenia grandes obligaciones para con la humanidad y para con sus maestros, y lo consignó en su célebre *jusjurandum* para perpétua memoria de la escuela de Cos: juramento solemne, que será siempre la mejor apología de su virtud, y que me va á ocupar breves momentos.

Eran sin duda alguna los dias en que la virtuosa Grecia rendia respeto y veneracion á sus dioses. Pero ahora, como entonces, el médico debe tener siempre presente el solemne juramento que Hipócrates exigia á sus discípulos, y en el que todos nuestros deberes se nos pintan con los mas bellos coloridos de la virtud y

de la honradez, desde el respeto á los dioses hasta la veneracion y gratitud á nuestros maestros. Santos deberes que el alma acata, y sin los cuales el médico ocuparía un lugar menos digno en el centro de la sociedad, que le brinda con su fe y con su confianza. Hipócrates desprecia la codicia; no quiere que sus discípulos sean los viles instrumentos del oro; y proclama el desinterés para con los pobres y los extranjeros, conociendo que el amor que el médico demuestra hacia el hombre refluye en utilidad de la ciencia. El objeto, pues, de su juramento era el de hacer á sus discípulos virtuosos para que ejercieran con dignidad su profesion; presentándoles un ejemplo en el desprecio de las riquezas que le ofrecian los Persas, y á los halagos del senado de Abderas: acciones dignas de un hombre tan grande.

Oigamos sus palabras.

«Juro (hacia decir á sus discípulos) por Apolo médico, por Esculapio, por Higías y Panacea, y por todos los dioses y diosas, á quienes pongo por testigos de la observancia del siguiente juramento, que me obligo á cumplir lo que ofrezco con todas mis fuerzas y voluntad. Tributaré á mis maestros en Medicina el mismo respeto que á los autores de mis dias, partiendo con ellos mi fortuna, y socorriéndolos, si lo necesitasen; trataré á sus hijos como á mis hermanos

»y si quisieran aprender la ciencia, se la enseñaré des-
 »interesadamente y sin ningun género de recompensa.
 »Instruiré con preceptos, lecciones orales y demás mo-
 »dos de enseñar, á mis hijos, á los de mis maestros y
 »á los discípulos que se me unan, bajo el convenio y
 »el juramento que determina la ley médica; y á nadie
 »mas.» Séame permitido detenerme en esta primera
 parte del *jusjurandum*, notable bajo mas de un as-
 pecto.

La ciencia sustraída de los templos por los filósofos, apenas contaba mas de dos célebres escuelas, patrimonio hasta entonces, ya del sacerdocio, ya de algunas familias, pues solo poseian sus secretos un corto número de adeptos. Hipócrates desecha el misterio, quiere enseñar, estender los preceptos de la ciencia en bien de la humanidad. Pero en medio de esa espontaneidad para instruir á sus discípulos, exigia instruccion y virtud. Conoce que estas dos prendas no deben existir aisladamente, pues que la ciencia sin la virtud es la espada aguzada en manos de un loco; es el arcabuz en poder de un bandido. «La ignorancia, decia Sócrates, es el manantial de todo vicio; la ciencia, el origen de toda virtud.» La ignorancia de los que ejercen la Medicina, dice nuestro anciano de Cos, y la rudeza del vulgo que los juzga, han envilecido la ciencia.

La gratitud y el respeto á los que nos prestan los

elementos de instruccion, y la proteccion á sus hijos, hé aquí uno de los primeros preceptos del *jusjurandum*. ¿Quién es el discípulo que no venera á su maestro, que no le acata, no le protege?

«Sí, Excmo. Señor, los maestros y la escuela son dos cosas que deben siempre hacer nuestra gloria. En ella oí tanta doctrina, y recibió mi educacion los elementos que fortificaron mi entendimiento y formaron mi corazon.

«Pero el viejo respetable no solo quiere que el iniciado tenga esas consideraciones para con sus maestros, sino que tambien las pide para sus hijos. Quiere que los médicos sean una familia; que se protejan; que se vea en los hijos la sombra respetable de sus padres. Proclama la asociacion médica, digna de elogio cuando no es contraria á los intereses de la sociedad en general. Sigamos con el juramento.

«Estableceré el régimen de los enfermos de la manera que les sea mas provechoso segun mi facultad y mi entender, evitando todo mal y toda injusticia. No accederé á pretensiones que se dirijan á la administracion de venenos, ni aconsejaré á nadie hacerlo. Ni menos daré apósitos abortivos.»

Bellísimas frases de Hipócrates, que revelan en este período del *jusjurandum* su gran virtud, su respeto á los dioses, á la humanidad y á la ciencia.

Bien se necesitaba ya entonces una virtud acrisolada en los médicos, porque también había charlatanismo, vulgaridad, injusticias. Consigna el delicado estudio con que debe prescribirse el régimen dietético en las enfermedades, en aquellos tiempos en que aún se sentía la influencia de los amuletos, de los sortilegios, de las adivinaciones, y en los que la Terapéutica, poco rica, veía en el régimen un poderoso recurso para curar las enfermedades. Oí hablar mucho á uno de mis respetables maestros sobre el gran partido que la humanidad pudiera sacar de la Medicina para evitar males á que está predispuesta, no esperando esos momentos lamentables que se pueden evitar las mas de las veces por el régimen y algunos recursos terapéuticos. Los antiguos hicieron un gran estudio del método higiénico, que nació en los templos y prescribían los dioses. Recuerda también Hipócrates el alto crimen del envenenamiento y el del aborto voluntarios, cuando se usaba de aquellos medios reprobados por las leyes y por la humanidad. Sigamos aún á Hipócrates.

«No ejecutaré la operación de la talla, sino que
»dejaré que la practiquen los ejercitados en ella. Juro
»que en cualquier casa en que entre no llevaré otro
»objeto que el bien de los enfermos, librándome de
»cometer voluntariamente faltas injuriosas ó acciones
»corruptoras, y evitando sobre todo la seducción de

»las mujeres y jóvenes, libres ó esclavas. Guardaré
 »secreto acerca de lo que oiga ó vea y no sea preciso
 »que se divulgue, sea ó no del dominio de mi profe-
 »sion; y concluye diciendo: Si observo con fidelidad
 »mi juramento, séame concedido gozar felizmente mi
 »vida y mi profesion, honrado siempre entre los hom-
 »bres. Si lo quebranto y soy perjuro, caiga sobre mí
 »la suerte contraria.» No queria Hipócrates que el
 médico fuese tímido, pero tampoco osado; por esto
 dice: *Timiditas enim impotentiam; audacia vero igno-
 rantiam artis significat.* Quiere que el médico se co-
 nozca, para buscar consejo, y para dejar á manos mas
 peritas las operaciones que no ha ejercitado; máxima
 de sana moral que debiera proclamarse siempre, no
 solo en los hechos quirúrgicos sino en los médicos.
 «Abstente, dice nuestro oráculo, de atreverte á lo que
 »no sabes; deja esa temeridad criminal que puede hacer
 »víctimas, y es patrimonio de la ignorancia.»

Exije de sus discípulos que no entren en ninguna
 casa con otro objeto que el bien de los enfermos. Que-
 ria que en todos los momentos en que ejercieran su
 profesion lo hiciesen de una manera digna de la no-
 bleza de su sér y de la pureza de la ciencia, que en
 sentir de Platon es la única base de la felicidad humana.
 La ignorancia, por el contrario (dice un escritor espa-
 ñol), embota, encallece el corazon; es el origen de to-

dos los males; de ella nacen la miseria, el idiotismo, la intolerancia, la torpeza, y en fin, el crimen.

Proclamaba Hipócrates, como hoy día se hace en nuestras escuelas, el secreto en Medicina. «Tú, ó laureado (decía), que entras en el ejercicio de la ciencia, que tu pecho sea el santuario en que la desgracia, la virtud y hasta el crimen puedan depositar sus confidencias y recibir sus lágrimas; que tu pecho sea el sepulcro silencioso de lo que tus ojos vean y tus oídos oigan.»

He concluido de esponer en breves rasgos las bellezas del *jusjurandum* del genio inmortal de Cos, que están muy en armonía con otras varias de sus tratados. Sus obras, dice un literato, están selladas con un sentimiento filosófico que recuerdan muchas veces las doctrinas de Sócrates, su maestro. Son troncos incrustados del árbol de la ciencia, sosteniendo aun hoy floridas sus ramas, y siendo sus ópimos frutos el alimento mas grato de los hombres pensadores. En ellas ve L' Aimé-Martin indicada la grande obra del autor de los Estudios de la Naturaleza, bellas páginas para el gran naturalista de nuestro siglo, las verdades fundamentales del espíritu de las leyes, sobre las costumbres de las naciones, de la filosofía, de la historia de la humanidad; grandes pensamientos acerca de la historia del género humano, de las relaciones de lo físico y de lo

moral, de la influencia de los climas del globo sobre el hombre, y otra multitud de materias que parece admirable que en el centro de la Grecia, y hace dos mil años, hubiese un genio como Hipócrates, capaz de reunir en sí tanta ciencia.

Respeto y veneracion, Excmo. Señor, á las virtudes y al saber del gran maestro de la ciencia; gloria á la memoria del que con mas motivo que muchos otros mereciera en aquellos tiempos heróicos los honores de apoteosis, y que le reverenciaran como uno de sus mas predilectos dioses.



... la influencia de las virtudes del alma...
... el hombre que se inclina a la virtud...
... el alma que se eleva por la fe...
... el alma que se purifica por la penitencia...
... el alma que se santifica por el amor...
... el alma que se glorifica en la vida eterna...
... el alma que se goza en la presencia de Dios...
... el alma que se levanta sobre todas las cosas...
... el alma que se sostiene en la verdad...
... el alma que se funda en la caridad...
... el alma que se edifica en la esperanza...
... el alma que se corona en la gloria...

УВА. ВНС. ЛЕГ.08-1 н°0669

UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0669